

La SEMANA SANTA es la ocasión privilegiada para plantearnos la revisión de nuestros esquemas teológicos sobre el valor de la muerte en la cruz. Estamos en el mejor momento del año para tomar conciencia de la coherencia de toda la vida de Jesús. Dándose cuenta de las consecuencias de sus actos, no da un paso a tras, y las acepta plenamente. No se puede pensar en la muerte de Jesús desconectándola de su vida. Su muerte fue consecuencia de su vida. No fue una programación por parte de Dios para que su Hijo muriera en la cruz y de este modo nos libraré de nuestros pecados. Hay explicaciones teológicas de la muerte de Jesús que se siguen presentando a los fieles, aunque la inmensa mayoría de los exégetas y de los teólogos las han abandonado hace tiempo. No debemos seguir interpretando la muerte de Jesús como un rescate exigido por Dios para pagar la deuda por el pecado. Además de ser un mito ancestral, está en contra de la idea de Dios que el mismo Jesús desplegó en su vida. Un Dios que es amor, que es Padre, no casa con el Señor que exige el pago de una deuda hasta el último centavo. Jesús, muriendo en la cruz, hace presente a un Dios sin pizca de poder, pero repleto de amor, que es la fuerza suprema. En ese amor reside la verdadera salvación. Para los discípulos, la muerte fue el revulsivo que les llevó al descubrimiento de lo que era verdaderamente Jesús. Durante su vida lo siguieron como el amigo, el maestro, incluso el profeta; pero no pudieron conocer el verdadero significado de su persona. A ese descubrimiento llegaron por un proceso de maduración interior, al que solo se puede llegar por experiencia con la ayuda del Espíritu. La muerte de Jesús les obligó a esa profundización en su persona y a descubrir en aquel Jesús de Nazaret, al Señor, al Mesías al Cristo y al Hijo. En esto consistió la experiencia pascual. Ese mismo recorrido debemos hacerlo nosotros.

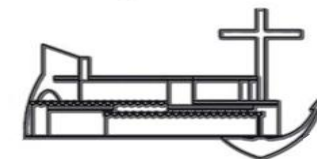


**¡PARTICIPA CON NOSOTROS DE LAS CELEBRACIONES!
LLÉVATE A CASA EL PROGRAMA DE SEMANA SANTA.**

Toma y Lee



Parroquia Sta. Ana y la Esperanza
PP. Agustinos



Hoja Parroquial nº 646

Tiempo de Cuaresma - Ciclo B * 25 de marzo de 2018

ACLAMAR AL ENVIADO DEL SEÑOR

La Semana Santa comienza con la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén. Entra montado en un pollino y el pueblo llano le aclama como Mesías y alfombra el suelo con sus mantos y con ramas cortadas en el campo. La escena la conocemos bien los cristianos y seguramente muchos de nosotros hemos participado ya en muchas procesiones, este Domingo de Ramos, llevando nuestro ramo de olivo o de palmera en la mano. ¿Qué veían en Jesús de Nazaret las personas que lo aclamaban? Seguramente, a un profeta que venía a liberarles. Liberarles, ¿de qué? Pues de lo que les tenía atados y esclavizados: de la enfermedad, del hambre, del pecado, de la opresión de los gobernantes, tanto judíos como romanos. Y, ¿cómo iba a liberarles? Entraba sin ejército, sin armas, en actitud pacífica y conciliadora. Les iba a liberar, sin duda, con el poder de Dios; iba a ser Dios mismo el que, de forma milagrosa, los liberara, a través de este profeta. Por eso aclamaban, entusiasmados: *"bendito el que viene en nombre del Señor"*.

Pero, según escucharemos después en el relato de la Pasión, este mismo pueblo llano iba a gritar muy pronto, enfurecido: *¡Crucifícalo!* ¿Qué había pasado para que este pueblo que unos días antes había aclamado a Cristo como Mesías, pidiera ahora su crucifixión? Habían esperado de aquel profeta al que ellos le habían aclamado como Mesías, que les liberara, con la fuerza de Dios, de todos sus males físicos y materiales y de todos los enemigos del pueblo judío. En cambio, Jesús de Nazaret se había limitado a predicar paz, misericordia y conversión. ¡Amar hasta a los enemigos! ¿En qué mundo se creía vivir este profeta?

Esta actitud del pueblo de Jerusalén es la misma actitud que tenemos muchas veces también nosotros. Mientras todo nos va bien, ¡qué bueno es Dios! Pero, si las cosas se tuercen y nos visita la desgracia y el dolor, ¡qué injusto está siendo Dios conmigo! Un Dios así no nos interesa, porque no nos resuelve, con su fuerza y poder, los muchos problemas que nosotros tenemos cada día. **¿A qué Mesías esperamos nosotros? ¿Qué Mesías espero yo?** Pues, al que viene en nombre del Señor, invitándome a una continua conversión del corazón.

LITURGIA DE LA PALABRA

ISAÍAS 50, 4-7

El Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo; para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los discípulos. El Señor Dios me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás. Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante ultrajes ni salivazos. El Señor Dios me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado.

SALMO RESPONSORIAL

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

FILIPENSES 2, 6-11

Cristo Jesús, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

MARCOS 14, 1—15, 47

(Pasión de Nuestro Señor Jesucristo)

REFLEXIÓN DE SAN AGUSTÍN

«LLEVARON A JESÚS AL GOLGOTA Y LO CRUCIFICARON»

(Mc 14, 1-15, 47)

De los sermones de San Agustín (*Sermón 117, 3*)

«Marchaba, pues, Jesús para el lugar donde debía ser crucificado, llevando su cruz. Extraordinario espectáculo: a los ojos de la impiedad, grande irrisión; a los ojos de la piedad, grande misterio; a los ojos de la impiedad, grande documento de ignominia; a los ojos de la piedad, firmísimo cimiento de la fe; a los ojos de la impiedad, la mofa de un rey que lleva por cetro el madero de su suplicio; a los ojos de la piedad, un rey que lleva, para en ella ser crucificado, la cruz que había de fijar en la frente de los reyes; en ella había de ser despreciado por los ojos de los impíos, y ella ha de ser la gloria del corazón de los santos, como diría después san Pablo: *No quiero gloriarme sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo* (Ga 6,14). Él recomendaba su cruz llevándola sobre sus hombros; llevaba el candelabro de la lucerna encendida, que no debía ser puesta debajo del celemín».

CALENDARIO LITÚRGICO SEMANAL

Lunes 26	<i>Is 42, 1-7</i> <i>Salmo: 26</i> <i>Jn 12, 1-11</i>	<i>“EL Señor es mi luz y mi salvación”</i>
Martes 27	<i>Is 49, 1-6</i> <i>Salmo: 70</i> <i>Jn 13, 21-23. 36-38</i>	<i>“Mi boca contará tu salvación, Señor”</i>
Miércoles 28	<i>Is 50, 4-9a</i> <i>Salmo: 68</i> <i>Mt 26, 14-25</i>	<i>“Señor, que me escuche tu gran bondad el día de tu favor”</i>
Jueves 29 <i>Jueves Santo</i>	<i>Éx 12, 1-8. 11-14</i> <i>Salmo: 115</i> <i>1Cor 11, 23-26</i> <i>Jn 13, 1-15</i>	<i>“El cáliz de la bendición es comunión de la sangre de Cristo”</i>
Viernes 30 <i>Viernes Santo</i>	<i>Is 52, 13--53, 12</i> <i>Salmo: 30</i> <i>Heb 4, 14-16; 5, 7-9</i> <i>Jn 18, 1--19, 42</i>	<i>“Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”</i>
Sábado 31 <i>Sábado Santo</i>	<i>Rom 6, 3-11</i> <i>Salmo: 117</i> <i>Mt 28, 1-10</i>	<i>“Aleluya, aleluya, aleluya”</i>